

## NÚM. XIII

### DRAMÁTICA.

Damos tanta importancia á la poesía dramática como expresión de los tiempos y de la índole de los pueblos, que no parecerá superfluo cuanto vamos á discurrir acerca de ella, pasando revista á varias naciones. Si no hacemos lo mismo respecto de todas, adivinarán por qué los lectores que hayan conocido nuestro objeto, á los cuales tampoco será difícil comprender la razón que nos ha guiado al elegir.

#### § I. DRAMAS INDIOS.

El drama indio mas célebre en Europa es *Sacontala*, ó el *Anillo fatal*, obra de Calidasa (1).

Está precedido de un prólogo brevísimo en forma de diálogo entre el empresario del teatro y una actriz, para anunciar la representación del drama, á su vez precedido de la solemne bendición pronunciada por un bramán.

#### ACTO I.

La escena es un bosque sagrado, donde habitan el sabio Canna y los ermitaños, sus secuaces. Dsmanta, rey de la India, aparece en un carro, persiguiendo á rienda suelta una gacela que quería matar. El animal se refugia en el bosque sagrado. Sale un ermitaño acompañado por un discípulo, y suplica al rey que tenga lástima de aquella pobre antilope; « ¡ Oh rey ! ¡ Oh héroes ! Vuestras armas están destinadas á salvar á los oprimidos, no á exterminar á los inocentes. » Dsmanta cede pronto al consejo del ermitaño, y coloca la saeta en la aljaba. Tanta docilidad en un monarca poderoso, jóven y deseoso de caza es alabada cortesmente por el ermitaño: « Digno es de ti este acto, digno de ti, ¡ oh el mas ilustre de los monarcas ! digno en verdad de un príncipe de la estirpe de Puru. ¡ Ojalá veas crecer un hijo á quien adornen las virtudes y que sea soberano del universo ! »

(1) Albrecht Weber, uno de los mayores indianistas en el día, á costas de la Compañía de las Indias publicó parte de los *Veda*, texto y comentarios, y la traducción de *Malavika y Agnimitra* (Berlín, 1856), drama en cinco actos, que se supone ser obra de este mismo autor.

El ermitaño anuncia á Dsmanta que están en el bosque para celebrar un sacrificio, y convidándole á asistir á él, se retira. Antes de entrar en el asilo de los ermitaños, Dsmanta se despoja de los ornamentos reales. « En los bosques, dice, consagrados á la religión, es preciso entrar con traje mas humilde... Estoy en el santuario. El brazo derecho me late: ¿ qué nueva prosperidad me promete este augurio ? »

Oye voces femeniles, espía, ve algunas jóvenes que llevan agua para regar sus arbolillos; las contempla, y le parecen mucho mas amables que las hermosas mujeres de su corte. Sacontala, acompañada de sus dos doncellas y amigas Anusuya y Priyamvada, va á esparcir agua por las flores que ha preferido. Su dulce belleza trastorna al momento el corazón de Dsmanta. « Aquí, dice, me ocultaré detrás de este árbol, para mirar todas las perfecciones de Sacontala, y no disminuir la confianza en su alma. »

Sacontala, creyéndose sola, ruega á sus compañeras que le alojen las ataduras del corsé que la oprime demasiado el seno. Entonces nuevos encantos deslumbran los ojos del oculto monarca, y se aumenta en él la pasión. El diálogo de las jóvenes versa sobre la hermosura de las flores, sobre la suavidad de sus perfumes, sobre los amores de las plantas, mezclando comparaciones entre Sacontala y aquellas delicias. Dsmanta hace tambien entre sí otros cotejos semejantes, y cada palabra revela sentimientos delicadísimos: « La fresca *mallica* (1) se ha casado con el *amra*, el mas suave de los árboles. El *madhavi*, planta predilecta de Sacontala, á la que llama su hermana, ha dado flores intempestivas desde la raíz á la punta. — Portentos son estos, dicen las doncellas, que prometen á Sacontala una próxima boda. »

Una abeja, dejando la flor de la mallica, vuela en torno del semblante de Sacontala. La virgen, agitando la mano, trata de ahuyentar

(1) Mallica, quizá el *Nyctanthes Sambac*, de Linneo. — Amra, árbol elevado y hermosísimo á causa de sus flores. — Madhavi, *Ipomea Quamoclit*, de Linneo.

aquel importuno insecto. Dsmanta observa el sencillo afán de Sacontala y compara la gracia de sus movimientos con las estudiadas maneras de las damas de su corte. ¡ Cuánto mayor encanto en Sacontala ! « ¡ Abeja afortunada ! exclama, tú tocas el ángulo de aquel ojo hermoso y trémulo; tú te acercas al borde de aquella oreja; susurras allí dulcemente, como si murmuraras un secreto de amor, y mientras ella agita su graciosa mano, tú vuelas á libar la miel de aquellos labios que encierran el tesoro de todo deleite. Yo me consumo aquí dudoso y anhelante de saber á qué familia pertenece; y tú entretanto, afortunada abeja, disfrutas un placer, que para mí sería la suprema dicha. »

Sacontala se vuelve á sus compañeras y les suplica la libertad de la abeja. « No lo podemos hacer, responden. Solo Dsmanta puede librarte, pues que solo él es el protector de este santuario (1). » Al oírse nombrar, Dsmanta quisiera salir del escondite y mostrarse; pero, despues de pensar un poco, contiene su deseo y dice: « Mejor es que me presente á ella, no como rey, sino como simple extranjero que busca hospitalidad. »

La abeja no cesa de girar en torno de Sacontala, la cual trata de evitarla, huyendo de allí algunos pasos, pero, viendo que el insecto continúa persiguiéndola, grita: « ¡ Socorro ! ¡ socorro ! ¿ Quién me libra de esta desgracia ? » Dsmanta no se contiene ya, y saltando fuera del arbolillo, se presenta á las mujeres. Luego que desaparece la abeja, Anusuya y Priyamvada le acogen como prescribe la hospitalidad; le ofrecen frutos y flores, baño para sus piés y blandas hojas de *septaperna* en que descansar.

Sacontala, en cuanto ve á Dsmanta, siente una secreta emoción que no le parece estar de acuerdo con la santidad del sitio. La voz y las palabras del rey aumentan la violencia de aquel sentimiento; y entretanto las doncellas traban conversacion con él y le preguntan su nombre. Dsmanta, deseando ocultar su dignidad, contesta: « Soy uno que medito sobre los sagrados Vedas; habito en la ciudad de nuestro rey, que desciende de Puru, y atento al ejercicio de los deberes religiosos y morales, he venido aquí para contemplar el santuario de la virtud. » Despues, interrogando á las jóvenes, les pregunta cómo es posible que Sacontala sea hija de Canna, cuando este sabio ermitaño debe haber renunciado á todo vínculo terrestre. Anusuya le descubre que Sacontala no es hija de Canna, y sí de Causica, príncipe de la familia de Cusa, soberano y al mismo tiempo uno de

(1) La viva fantasía de los Indios poblaba toda la naturaleza de dioses, demonios, espíritus, etc.; y por eso bajo la apariencia de aquella abeja las jóvenes recelaban estuviese oculto algun demonio maldico. Que los reyes tenían el poder de luchar con tales demonios, lo vemos en varias partes del drama, especialmente cuando los anacoretas invocan su auxilio, y cuando el mismo dios Indra le manda que combata contra los demonios *danavas*.

los sabios de la India; que su madre fué una ninfa, y que la pobre Sacontala, habiéndose quedado huérfana y sola, fué recogida por Canna, el cual la educó y le sirve de padre.

Estas noticias alegran el corazón de Dsmanta; pero aun le asalta una duda terrible: « Quizá Canna, siguiendo la regla de los ermitaños, haya consagrado la jóven á una perpétua virginidad. » Pregunta acerca de esto á las doncellas, y oyendo de ellas que Canna habia mostrado intencion de casar á Sacontala con un hombre igual á ella, Dsmanta se retira á un lado y exclama: « ¡ Alégrate, alégrate, corazón mio ! Toda duda ha desaparecido. Á lo que temias ántes como llama, puedes aproximarte ahora como piedra preciosa. »

La virginal modestia de Sacontala se impacienta al ver la larga conversacion de sus compañeras con el monarca; se levanta y está para irse. En virtud de un convenio entre Priyamvada y Sacontala, esta última tenia obligacion de regar otros dos arbolillos, pretexto de que se vale aquella para detenerla. Al rey le parece cierto que Sacontala está cansada, y sacándose del dedo un anillo lo da á Priyamvada, rogándole lo acepte como indemnizacion del trabajo debido á ella por Sacontala. El nombre de Dsmanta está grabado en el anillo. Las doncellas se miran una á otra maravilladas. Dsmanta, queriendo continuar siempre incógnito, les dice « que no presten atención á aquella bagatela, que él estima solo como regalo del rey. — No te prives, pues, de él, le responde Priyamvada, tu palabra vale para pagar la deuda de Sacontala. » Y devolviéndole el anillo, se dirige á Sacontala, diciéndole, que debe estar agradecida al extranjero, y que puede irse cuando guste.

Pero Sacontala no se resuelve á marchar. El rey ve su vacilacion y exclama en sus adentros: « ¡ Oh ! siento por mí lo que yo por ella; la alegría me trasporta fuera de mí. Es verdad que no me dirige una palabra, mas si hablo, no pierde una sílaba. En mi presencia no sabe dominarse, y sus ojos están fijos siempre en mí. »

Se oyen adentro lamentos que interrumpen los ritos de los ermitaños. Los secuaces de Dsmanta con los caballos, los elefantes, el tren, toda la caza, han invadido el bosque sagrado. Dsmanta lo siente. Las mujeres, asustadas por el ruido de los recién llegados, buscan el apoyo del príncipe, y caminan hácia la choza de los ermitaños. Sacontala busca nuevos pretextos de dilacion y anda lo mas lentamente que le es posible. « ¡ Ay de mí ! exclama, ¡ ay de mí ! un súbito dolor me punza. ¡ Ay de mí ! que no puedo andar. » Las compañeras la animan para que se dé prisa; ella continúa: « ¡ Ay de mí ! un tallo agudo de *yerba cusa* (1) ha herido mi pié. ¡ Ay de mí ! el borde del

(1) Yerba cusa, *Poa Cynosuroides*, de Linneo. — Curuvaca, zarza casi siempre florida.

vestido se ha asido á una rama de *curuvaca*. Detenéos; ayudadme. » Parte al fin, sostenida por sus compañeras, y volviendo la cabeza para mirar á Dusmanta.

Él, una vez solo, suspira pensando en la belleza de Sacontala. « ¡Y no volveré á verla! imposible; buscaré á mis sirvientes, y aquí en estos alrededores levantaré mis tiendas. No puedo renunciar al deleite de mirarla y remirla. ¿Cómo dirigir á otro objeto mis ideas? Muévase mi cuerpo y sigue adelante, pero este corazón inquieto retrocede hácia ella á modo de una ligera hoja de caña que, llevada en la punta de un palo contra el viento, vuela siempre en dirección opuesta. » Dusmanta deja también la escena.

## ACTO II.

Llanura y pabellones reales en el extremo del bosque sagrado. El rey ordena que por aquel día se interrumpa la caza, á fin de no profanar los lugares santos. Sentado luego al pie de un árbol con Madavuya, su amigo, habla de Sacontala, del amor que siente hácia ella, de su hermosura, del deseo de que sea su esposa, del dolor de no poder aquel mismo día pedir á Canna la mano de su pupila, por hallarse ausente. Mientras está buscando alguna excusa para entrar de nuevo en el bosque sagrado, dos jóvenes ermitaños piden audiencia. Una vez ante él, dicen: « Canna, nuestro guía espiritual, se halla ausente; y entretanto algunos demonios perversos turban la paz del sacro desierto. Ven; oh rey! á protegernos. »

La invitación no puede venir más á tiempo para el amante. Está á punto de acceder á ella; cuando de repente se le presenta un embajador de la reina madre; el ayuno solemne se aproxima; la madre llama á su hijo con este motivo. ¿Qué hará? ¿Obedecerá?... Pero ¿y mi querida Sacontala?... Después de pensar en varios designios, determina condescender con las súplicas de los ermitaños, y enviar á Madavuya á su madre, para que asista al ayuno solemne, haciendo las veces del rey, y excusándole con ella por su falta de asistencia. Teme por otra parte que este revele á la reina los secretos amorosos que le ha confiado, y afectando mayor seriedad, le dice: « No creas nada de cuanto te he referido tocante á Sacontala. Fué una fábula inventada por mí para divertirme, y si entro en el bosque, es únicamente porque me conduce allí el respeto á los anacoretas, pues una hija de un ermitaño, educada entre las antílopes, no es cosa digna de mí. No creas nada, nada. Adios; cumple con tu deber. Entretanto yo corro á auxiliar á los hombres santos. » Todos se marchan.

## ACTO III.

Ermita en lo interior del bosque. El rey ha hecho que la calma se restablezca en el bosque

sagrado. Un mancebo, que lleva un haz de yerba para el sacrificio, meditando sobre las cosas que ha visto, manifiesta su admiración en los términos siguientes: « ¡Cuán grande es el poder de Dusmanta! Apenas ha puesto el pie en el bosque, apenas ha vibrado una sola saeta, todas nuestras calamidades han desaparecido. »

Sale Dusmanta. Su aspecto es el de un hombre atormentado por la pasión de amor. Expresa en un largo monólogo las penas de su alma. « ¡Ah! para mí no hay paz sino volviendo á ver á mi amiga. El sol de mediodía está ardiente, y ella vendrá sin duda con sus compañeras á disfrutar del fresco bajo estas sombras, á orillas del vecino arroyuelo. Ciertamente mi amiga se oculta en alguna parte de estos floridos bosquecillos. Veo las huellas de sus elegantes pies, estampados en la arena, y todavía recientes. Ahí viene, ahí viene; la que constituye la delicia de mi alma se sienta con sus doncellas en una piedra lisa y cubierta de flores. » Apoderándose de él la timidez, se detiene; luego se oculta detrás de unas matas, y no cesa de contemplar á su amada, oyendo además todos sus discursos.

Sacontala se siente oprimida por una secreta angustia; una fiebre ardiente parece circular por sus venas; las doncellas, tristes como ella, procuran prestarle consuelo. Dusmanta no aparta sus ojos de la joven. « ¡Ay de mí! dice á parte, ¿cuál será la causa fatal de su fiebre? ¡Si saliera verdad lo que el corazón me sugiere! ¡Acaso el amor!... ¡Infeliz! su frente está mustia, su cuello ha perdido el frescor primero, su persona aparece más delgada que antes; sus hombros caen lánguidos; su tez no tiene color; pudiera comparársela á un pequeño matorral de madhavi, cuyas hojas ha secado un viento caluroso. Pero, aunque tan cambiada, es siempre bella y consueta mi espíritu. »

Anusuya y Priyamvada inquietan afectuosamente de la virgen las causas de los males que la oprimen; pues no creen provengan solo del excesivo calor de la estación. Sacontala, vengida por las súplicas de sus doncellas, confiesa los secretos de su corazón: « Desde que ví á ese bizarro príncipe que acaba de tranquilizar el bosque sagrado, mis afectos se dirigieron á él irremediamente, y tal es el motivo de la languidez que en mí notáis. » Continúa el diálogo entre Sacontala y las doncellas, y cada una de sus palabras muestra cuán enamorada está y lo que le asusta lo futuro. Dusmanta oye, y la alegría se difunde por su alma. No puede contenerse más, abandona el escondite de las matas, corre hácia la joven, y le jura un amor inviolable. Sacontala duda, y casi no cree lo que ve; el rey exclama: « ¡Oh, de todas las cosas la más querida á mi corazón! Tú, que con el brillo de tus negros y hermosos ojos me fascinas, ¡ah! habla con más dulzura... tus palabras me matan. En medio de las delicias y de las muchas mujeres de mi palacio,

dos objetos únicamente fijarán mi atención: la tierra ceñida por el mar y en la cual impero, y Sacontala, mi tierna amiga. »

Después de los juramentos del rey, las doncellas, pretextando algunas excusas, se retiran diestramente y dejan en libertad á los amantes. La virgen, al encontrarse sola con un hombre, se muestra más tímida que nunca, inclina los ojos, acusa de traición á sus compañeras, y trata también de marcharse. Dusmanta se opone cortesmente, y ella le dice: « Déjame, déjame ir, te lo ruego. ¡Infeliz destino el mío! » El rey se vale de las más afectuosas expresiones y la detiene por la fimbria del manto. Sacontala exclama: « Hijo de Puru, conserva, ¡ah! conserva tu razón. »

Escena de galanterías, de suspiros, de honestas repulsas, de deseos, de astucias amorosas, pero decentes, y todo concluye con un beso que el amante estampa furtivamente en los labios de su amada. En aquel momento llega Guatami, la matrona encargada de guardar á Sacontala. La joven, llena de temor, suplica á su amante que se oculte y él obedece. El día está próximo á su ocaso. Guatami persuade á Sacontala á que se retire á la cabaña, y la joven, dócil á tal invitación, sigue á la matrona, aunque siente haber de dejar á su amante.

El acto acaba con un monólogo de Dusmanta, el cual, recordando los momentos pasados, se duele de haber sido demasiado tímido; y entretanto alimentan su corazón las dulces memorias que despiertan en su mente la piedra en que estuvo sentada Sacontala, las ramas del *vetásas* que formaban como un emparrado sobre su cabeza y la hoja de ninfea que tenía en la mano.

## ACTO IV.

Llanura delante de la cabaña, donde cogen flores Anusuya y Priyamvada.

ANUSUYA. ¡Oh Priyamvada! Nuestra amiga es, no queda duda, feliz; se ha casado según los ritos de los *Gandharvas* (1) con un esposo igual á ella en dignidad y en méritos, y sin embargo, mi corazón no deja de hallarse angustiado por la suerte de Sacontala, y me atormenta una duda...

PRIYAMVADA. ¿Y cuál es esa duda, Anusuya?

ANUSUYA. Esta mañana, concluidas las ceremonias místicas, nuestros ermitaños, llenos de gratitud, se despidieron del rey. Dusmanta se ha ido á la capital, á Astinapura, donde, rodeado de cien mujeres en las habitaciones de

(1) *Gandharvas*, tropas celestes ó sea genios buenos, llamados también *devas*. Los Indios tienen ocho diferentes maneras de casarse. La que se verifica según los ritos de los *Gandharvas* es la más clandestina, y sin embargo legítima como todas las demás: se celebran sin ceremonias; basta el mutuo consentimiento de los esposos y el cambio entre sí de una corona de flores, un anillo ó otra cosa.

su palacio, ¡quién sabe si se volverá á acordar de su bella esposa!

PRIYAMVADA. Tranquilízate y nada temas. Confía en el honor de un hombre que es noble y ha sido educado en la sabiduría...

Pero se ocurre otro temor á Priyamvada: Canna está todavía ausente, y nada sabe del matrimonio de Sacontala; ¿qué dirá cuando vuelva de su peregrinación? ¿Lo aprobará? Á entrambas parece que sí, y continúan recogiendo flores para adornar los templos de la diosa de las nupcias.

Entretanto el iracundo Durvasas, uno de los *hombres santos* de la India, á quien la pobre Sacontala, ocupada por tantos otros pensamientos, había olvidado acoger debidamente, grita con voz terrible: « ¿Y qué? ¿no obsequias á un huésped? Pues oye mi imprecación. Ese en quien estás pensando, ese á quien ahora se dirige enteramente tu corazón, ese por quien olvidas una piedra preciosa y pura de devoción que te pide hospitalidad, ese, sí, á guisa de hombre que, vuelto á su estado normal, olvida las palabras pronunciadas en la embriaguez, no se acordará más de ti, no te reconocerá siquiera cuando te presentes á él. »

Anusuya corre para aplacar la ira del hombre santo, y se echa á sus pies; pero ni ruegos ni lágrimas le mueven enteramente á compasión. Sin embargo, responde: « Mi palabra es irrevocable. Con todo, el encanto creado por ella se deshará en el momento que el esposo mire el anillo puesto por él en el dedo de su esposa. » En efecto, Dusmanta, antes de partir, había dado á Sacontala un anillo, donde estaba grabado su nombre. Esto consueta á las mujeres, porque creen fácil el modo de destruir el encanto. Sacontala, absorta en sus ideas amorosas, nada sabe de la imprecación, ni le dicen nada sus compañeras por no aterrarla; sería verter agua hirviendo en las flores de la tierna mallica.

El encanto del hombre santo empieza á realizarse. Dusmanta no vuelve ni envía tampoco mensajes. Sacontala está sumida en el dolor y sus amigas advierten que se halla en cinta. Canna está de retorno; ¿cómo manifestarle la situación de su pupila?

Afortunadamente una voz del Cielo ha avisado á Canna de las nupcias de Sacontala con el rey. Los deseos del sabio ermitaño se han cumplido. Augurando bien por las señales de un sacrificio, determina enviar á Dusmanta su esposa. Sacontala aparece coronada de flores y llena de perfumes; las ninfas silvestres la han preparado los adornos nupciales; sus doncellas la aprontan suntuosos vestidos, y mientras la están hermozeando, lloran la vecina partida de Sacontala, que las acompaña en su llanto, Canna ordena el sacrificio solemne, y vierte también lágrimas, haciendo votos por la felicidad de su pupila, á quien bendice.

Las palabras del adios son sumamente tiernas. Un coro invisible de ninfas desea feliz viaje

à Sacontala, cantando: « En el camino que va à emprender, sea su compañera la prosperidad; propicios vientecillos esparzan en torno, para delicia suya, el polvo oloroso de las mas lindas flores. Estanques de limpidas aguas, que verdeen con las hojas de la ninfea, le suministren frescura en su viaje, y ramas umbrías la defiendan de los ardientes rayos del sol. »

SACONTALA. Dulce es para mí el pensamiento de que voy à volver à ver à mi esposo; si, dulce... Sin embargo, mi pié vacila al abandonar este bosque, este asilo de mi juventud.

PRIAMVADA. ¡Oh! no eres tú la única triste. Ahora que se acerca el momento de tu partida, ¡mira la general aflicción que aquí reina! La antilope no raiñonea en torno del montoncillo de yerba-cusa; la pava real no salta ya en el prado. Los árboles del bosque dejan caer al suelo sus pálidas hojas, no tienen belleza.

SACONTALA. Venerable padre mio, permíteme que hable à este madhavi, cuyas rubicundas flores inflaman el bosque.

CANNA. Sé, hija mia, cuánto lo amas.

SACONTALA (*abrazando el madhavi*). ¡Oh, la mas radiante de las plantas! recibe mi abrazo, y devuélmelo con tus flexibles ramas. De hoy en adelante, aunque marchio léjos de aquí, seré tuya siempre. ¡Oh padre! ten cariño à esta planta; considérala cual si fuese yo misma.

CANNA. Tu amabilidad ¡oh hija, te ha proporcionado un esposo que se te asemeja. Este acontecimiento ha sido largo tiempo el deseo mas vivo de mi alma. Y ahora que ha cesado mi solicitud por tu boda, amaré esta flor, tu predilecta, y la casaré con el amra que despide olor à su lado. Vé, hija mia, ponte en viaje.

SACONTALA (*acercándose à sus doncellas*). ¡Dulces amigas! esta planta de madhavi sea un precioso depósito en vuestras manos.

ANUSUYA Y PRIAMVADA. ¡Ay! ¡Ay! ¿y quién cuidará de nosotras? (*Lloran.*)

CANNA. ¡Son inútiles las lágrimas, oh Anusuya! ¡oh Priyamvada! Sacontala necesita que la fortalezcamos con nuestro valor, y no que la enternezcamos con nuestros lamentos.

SACONTALA. Padre, cuando esa pobre antilope, que ahora camina lentamente à causa del peso de su vientre, haya parido, envíame un mensaje cortés que me anuncie está salva y ágil. Te ruego no lo olvides.

CANNA. Mi muy amada, vé tranquila, que no lo olvidaré.

SACONTALA (*mueve el pié y luego se para*). ¿Quién me coge el extremo del vestido? ¿Quién me detiene? (*Se vuelve y mira.*)

CANNA. Es tu hijo adoptivo; el cabritillo cuya boca tantas veces medicinaste con tu mano, dándole el salutar aceite del *ingudi* (1) cuando se la habian cubierto de llagas las agudas puntas de la yerba-cusa; el que tantas veces alimentaste con un puñado de granos de *syl-*

(1) Probablemente el *Sesamumorientale* de Linneo.

*maka*. Mírale, no quiere separarse de las huellas de su protectora.

SACONTALA. ¿Por qué lloras, pobre cabritillo mio? ¿Por qué lloras por mí, precisada à abandonar nuestro comun domicilio? Con el mismo cuidado con que yo te crié cuando perdiste tu madre recién nacido, proveerá à tus necesidades mi padre una vez separados. Véte, pobre criatura, véte; es fuerza que nos separemos. (*Vierte abundante llanto.*)

CANNA. Este llanto, querida, no conviene al presente momento. Cobra ánimo; nos volveremos à ver todavía. Fija la mente en la senda que está ante ti, y síguela. Cuando las lágrimas se agolpen bajo tus hermosos párpados, haz un esfuerzo y conten su primer impetu para estallar. En tu viaje por esta tierra, cuyos senderos son ya altos, ya bajos, y rara vez se conoce el sendero bueno, las huellas de sus pasos por necesidad serán desiguales; pero la virtud te empujará en línea recta.

Anusuya lleva aparte à Sacontala, y abrazándola le dice: « Todos los corazones, todos, en este sagrado asilo penden de ti, y el dolor de tu partida los tiene agobiados. Observa al *chacravaca* (1); oye à su compañera, que lo está llamando allí medio escondida entre las hojas de la ninfea. Y él no le responde; sino que dejando caer de su pico las fibras de un tallo de loto, descortezado por él, te mira fijamente con una lástima infinita. »

Continúan los abrazos, las lágrimas, las sabias amonestaciones de Canna à Sacontala. Despues que esta parte, una melancolía taciturna pone fin al acto.

#### ACTO V.

Palacio real en Astinapura. Dusmanta no se acuerda ya de Sacontala. Descansando un poco de los cuidados del imperio, oye una canción que habla de afectos olvidados. La armonía de aquel canto es triste; el rey se pone melancólico, pero sin adivinar la causa. « ¡Por qué me asalta esta melancolía al oír un sencillo canto que recuerda los objetos distantes, si no sé en verdad que me halle léjos de ninguno que posea mi amor? El aspecto de la hermosura, las suaves melodías, inspiran à veces tristeza à hombres por otra parte felices. ¿Quién sabe? Quizá sea una melancolía que proviene en ellos de alguna lánguida memoria de pasadas alegrías; quizá sea la última señal de alianzas contraídas en una existencia anterior. »

Se siente pensativo y afligido. Los bramanes, enviados à él por Canna con su esposa, piden audiencia y son introducidos. Durante las ceremonias del recibimiento, Sacontala, con el rostro velado, tiembla dudosa del éxito. « ¿Qué mujer es aquella? Su beldad brilla en medio de

(1) Ave acuática que los Ingleses llaman *oca* de los bramanes.

los anacoretas, como un boton fresco que verdea en medio de hojas amarillas. Mas no le quiteis el velo; parece hallarse en cinta, y ni aun yo, rey, debo mirar cara à cara à la esposa de otro. »

Los bramanes le anuncian que aquella mujer es Sacontala, su esposa legítima. El rey se admira, le parece extraño oír hablar de boda, y exclama: « ¿Qué fábula es esta? » Le levantan el velo à Sacontala, Dusmanta la mira y vuelve à mirar, confiesa que es hermosa, pero no la conoce. « Por mas que medito, no recuerdo haberme casado con esta mujer, y jamas concederé puesto en mi palacio à la que lleva en su seno prole de otro. »

Sacontala le habla del bosque sagrado, de sus amores, de las nupcias contraídas; y él todo lo niega. « Pues bien, te mostraré el anillo que me has dado con tu nombre. » Busca en sus dedos el anillo. « ¡Desventurada! no tengo el anillo. » Se le ha caído del dedo; lo ha perdido. La infeliz se desespera; refiere otras circunstancias que precedieron al matrimonio. « ¡Falsedades todas! grita el rey: falsedades femeniles. »

SACONTALA (*irritada*). Hombre sin honor, tú mides por tu pérfido corazón el mundo entero. Bajo el manto de la religion y la virtud, no eres mas que un vil engañador. Te asemejas à un profundo abismo à cuya orilla crecen hermosos arbustos.

DUSMANTA. Jóven, de todos es conocido el corazón de Dusmanta, y tus presentes maneras muestran cuál es el tuyo.

SACONTALA (*con ironía*). Es fuerza prestar siempre à vosotros todos ¡oh monarcas! una fe ciega. Sois sabios; sabéis plenamente el respeto que se debe à la virtud y à la raza humana. Por modestas, por virtuosas que sean las mujeres, nada saben, nada dicen jamas con verdad. Feliz idea he tenido de venir aquí à buscar el objeto de mis amores; he acertado en permitir que la mano de un príncipe estrechase la mia. Con la miel de sus palabras el descendiente de Puru vencia mi confianza, y entretanto su corazón ocultaba el puñal que debía traspasarme. (La pobre Sacontala no ha acabado aun de hablar, cuando, cubriéndose el rostro, rompe en un mar de llanto) (1).

El rey persiste en no querer admitir como esposa à Sacontala. Los bramanes declaran que Sacontala es mujer suya segun la ley; que el repudiarla ó el retenerla depende de él, que el poder del marido carece de limites, y que, por lo tanto, dejan en sus manos à su esposa y se vuelven al bosque sagrado.

SACONTALA. Este pérfido me ha engañado; ¿y vosotros tambien, amigos míos, me abandonaréis? (Y sigue suplicando à los bramanes que se marchan.)

UNO DE LOS BRAMANES. ¡Mujer! tú ves, cuáles son los delitos de tu marido; ¿deseas ser libre? (Sacontala se detiene aterrada y tiembla.)

(1) ¡Cuán lleno está de verdad este tránsito de la ironía al llanto deshecho!

OTRO BRAMA. Si el rey dice la verdad, ¿qué razón tienes de quejarte? Pero, si estás segura de la pureza de tu alma, debes quedarte à servir como criada en la casa de tu señor. Permanece, pues, aquí... Nosotros nos vamos.

DUSMANTA. Es inútil que la halaguéis con esperanzas. Llévala con vosotros, ¡oh anacoretas!... Conviene abstenerse de la mujer ajena.

El gran sacerdote de corte, interrogado por Dusmanta, propone retener à su lado à Sacontala hasta el término del embarazo: « Los astrólogos han vaticinado ¡oh rey! que serás padre de un príncipe ilustre, cuyos dominios no tendrán mas confines que los mares del Oriente y el Occidente. Ahora bien, si esta hija del hombre de Dios pare à un niño tal que inuestre en sus manos y en sus piés señales claras de una vasta soberanía, le tributaré homenaje como à mi reina, y la conduciré al palacio; en otro caso, tornará junto à su padre. »

El rey consiente; y el sacerdote lleva consigo à la infeliz, que no hace mas que llorar y suplicar à la tierra, diosa clemente, que se abra y la reciba en su seno.

Poco despues vuelve el sacerdote y proclama un milagro: « Los anacoretas habian partido; Sacontala sollozaba, y extendiendo los brazos se quejaba de su triste fortuna; cuando de repente una masa luminosa en forma de mujer se vió bajar junto à la fuente Apsarastirpitha, donde se adoran las ninfas del cielo, abrazar à Sacontala y desaparecer con ella en un momento. »

Dusmanta siente su alma agitada; pero el encanto dura aun. Piensa en lo pasado, y sin embargo, ninguna reminiscencia le dice que haya conocido jamas à la hija del anacoretá.

#### ACTO VI.

Calle. El anillo nupcial habia sido perdido por Sacontala al sacar agua de un estanque próximo à Sacravatara. Un pescador de aquellos lugares al abrir el vientre de un grueso *rohita* cogido un dia en la red, se encontró en los intestinos aquella joya, y pensó reducirla à dinero. Estaba à punto de venderla, cuando algunos oficiales de palacio, fijando sobre él los ojos, sospechan que la ha hurtado, le atan, y à pesar de sus disculpas y juramentos le conducen à la cárcel.

Uno de los oficiales parte llevando al rey el anillo, y deja entretanto que sus compañeros custodien al infeliz, que tiembla por su vida. Vuelve el oficial, y manda que sea puesto inmediatamente en libertad el pescador: « El rey ha apreciado muchísimo el anillo; al verlo se le conmovió el ánima repentinamente. Pareció que aquella joya le recordaba una persona querida. El pescador será recompensado con grandes regalos. »

La escena se traslada à los jardines del palacio. Aparece en el aire la ninfa Misrachesi, y